

Epifanio Mejía Quijano

El canto del antioqueño y otros poemas

· antología arbitraria ·



Nuevas Voces Editores

PoetApp: Biblioteca Portátil de Poesía Antioqueña

Ganador de la Convocatoria de Estímulos 2020

Unidos por la Cultura

Modalidad: El Almacén de las Palabras

El canto del antioqueño
y otros poemas
· antología arbitraria ·

©Herederos de Epifanio Mejía Quijano

©Nuevas Voces Editores

Editor: Camilo Restrepo Monsalve

Diseño de carátulas: Manuela Salinas Sierra

Diagramación: Camilo Restrepo Monsalve

Desarrollo de la aplicación PoetApp: Juan Felipe López

La presente plaquette se realiza con autorización del autor, su fin es divulgativo, pertenece a la Colección Yarumo de PoetApp: Biblioteca Portátil de Poesía Antioqueña. Descarga la aplicación PoetApp en el AppStore y disfruta de su versión electrónica.

Proyecto apoyado por el Instituto de Cultura y Patrimonio de la Gobernación de Antioquia, a través de la Convocatoria de Estímulos 2020, Unidos por la Cultura, Modalidad: El almacén de las palabras.

Epifanio Mejía Quijano

El canto del antioqueño
y otros poemas
· antología arbitraria ·

Selección de Camilo Restrepo



Colección Yarumo

PoetApp: biblioteca portátil de poesía antioqueña

Nuevas Voces Editores

El canto del antioqueño

Nací sobre una montaña:
Mi dulce madre me cuenta
Que el sol alumbró mi cuna
Sobre una pelada sierra.

Nací libre como el viento
De las selvas antioqueñas;
Como el cóndor de los Andes
Que de monte en monte vuela.

Pichón de águila que nace
Sobre el pico de una peña,
Siempre le gustan las cumbres
Donde los vientos refrescan.

Amo el Sol porque anda libre,
Sobre la azulada esfera,
Al huracán porque silba
Con libertad en las selvas.

El hacha que mis mayores
Me dejaron por herencia,
La quiero porque a sus golpes
Libres acentos resuenan.

Forjen déspotas, tiranos
Largas y rudas cadenas
Para el esclavo que humilde
Sus pies, de rodillas, besa.

Yo, que nací altivo y libre
Sobre una sierra antioqueña
Llevo el hierro entre las manos
Porque en el cuello me pesa.

Cuando desciendo hasta el valle
Y oigo tocar la corneta,
Subo a las altas montañas
a dar el grito de ¡alerta!
Muchachos! -le digo a todos
Los vecinos de las selvas-
La corneta está sonando...
¡Tiranos hay en la sierra!
Mis compañeros, alegres,
El hacha en el monte dejan,
Para empuñar en sus manos
La lanza que el sol platea.
Con el morral a la espalda,
Cruzamos llanos y cuestras,
Y atravesamos montañas
Y anchos ríos y altas sierras;
Y cuando al fin divisamos,
Allá en la llanura extensa,
Las toldas del enemigo,
Que entre humo y gente blanquean,
Volamos como huracanes

Regados sobre la tierra,
Y ¡ay del que espere empuje
De nuestras lanzas revueltas!

Perdonamos al rendido,
Porque también hay nobleza
En los bravos corazones
Que nutren las viejas selvas.

Cuando volvemos triunfantes,
Las niñas de las aldeas
Ponen coronas de flores
En nuestras frentes serenas.
A la luz de alegre tarde
Pálida, bronceada, fresca,
De la montaña en la cima
Nuestras cabañas blanquean.
Bajamos cantando al valle
Porque el corazón se alegra,
Porque siempre arranca gritos
La vista de nuestra tierra.

Es la oración; las campanas
Con golpe pausado suenan;
Con el morral a la espalda
Vamos subiendo la cuesta;
Las brisas de las colinas
Bajan cargadas de esencia;
La luna brilla redonda
Y el camino amarillea;
Ladran alegres los perros

Detrás de las arboledas;
el corazón, oprimido
De gozo, palpita y tiembla...
Caminamos... Caminamos...
Y blanquean... y blanquean...
Y se abren con ruido
De las cabañas las puertas.
Lágrimas, gritos, suspiros,
Besos y sonrisas tiernas,
Entre apretados abrazos
Y entre emociones revientan.

¡Oh libertad, que perfumas
Las montañas de mi tierra,
Deja que aspiren mis hijos
Tus olorosas esencias!

La muerte del novillo

Ya prisionero y maniatado y triste
Sobre la tierra quejumbroso brama
El más hermoso de la fértil vega,
Blanco novillo de tendidas astas.

Llega el verdugo de cuchillo armado;
El bruto ve con timidez el arma,
Rompe el acero palpitantes nervios,
Chorros de sangre la maleza esmaltan.

Retira el hombre el musculoso brazo;
El arma brilla purpurina y blanca;
Se queja el bruto y forcejando tiembla,
El ojo enturbia... y la existencia exhala.

Remolineando por el aire vuelan
Los negros *guales* de cabeza calva,
Fijan el ojo en el extenso llano
Y al matadero, desbandados, bajan.

Brama escarbando el arrogante toro
Que oye la queja en la vecina pampa,
Y densas nubes de revuelto polvo
Tira en la piel de sus lustrosas ancas.

Poblando el valle de bramidos tristes
Corre el ganado por las verdes faldas,
Huele la sangre... y el olor a muerte
Quejas y gritos de dolor le arranca.

Los brutos tienen corazón sensible:
Por eso lloran la común desgracia
En ese clamoroso *de profundis*
Que todos ellos a los vientos lanzan.

La ceiba de Junín

Cerca de un puente y a orillas
De cristalina quebrada,
Abriendo al viento los brazos
Su airosa copa levanta.

La luna que en *Pandaezúcar*
Asoma redonda y clara,
Llena su verde ramaje
De resplandores de plata.

Los vientos de linda noche
Sollozan entre sus ramas,
Como los niños mimados
Que entran gimiendo a sus casas.

Suelta la noche en sus hojas
Su llanto de gotas blancas...
Que la noche también llora
En este valle de lágrimas.

Oh! Ceiba: yo sé la historia
De tu existencia temprana;
Yo vi cuando te trajeron
De los playones del Cauca;
Te conocí cuando niña,
Creciendo a orillas del agua.

No es ésta la misma noche
Que daba sombra a tu infancia;
Ni estos los vientos alegres
De tus alegres montañas;
Ni aquella luna que alumbra
Es ¡ay! tu luna caucana!

Tal vez tú, como el proscrito
Que gime en tierras extrañas,
Recuerdas las dulces brisas
De tus colinas lejanas;
Por eso a veces sin jugo
Se van dorando tus ramas,
Y amarillas van cayendo
Tus hojas sobre la playa...

Así los tristes ojos
Del proscrito se derraman
Gotas de llanto que caen
En clima extraño regadas.

Bien haces en despojarte
De tus adornadas y galas,
Si como el pobre proscrito
Te acuerdas ¡ay! de la patria!

Pero no, Ceiba: prosigue
Tu copa abriendo galana
Y desplegando en el aire
Tus banderas de esmeralda.
Es cierto que te arrancaron

De las riberas del Cauca;
Pero del Cauca que riega
Las antioqueñas sabanas;
Es cierto que allá dejaste
Cielo, vegas, aves, auras;
Pero aquí todo lo tienes...
A Medellín ¿qué le falta?
Aquí hay céfiros que arrullan,
Aquí hay turpiales que cantan,
Cielo azul, y vegas verdes
Entapizadas d grama;
Y aquella tierra y la tierra
En que hoy airosa levantas,
Es toda tierra de Antioquia
Y Antioquia toda es tu patria.

Por la venas de tu tronco
Discurra constante savia
Que brote en rubios renuevos
Al desvestirse tus ramas.

A todo el que pase, andando
Sobre la arena tostada,
Tu manto de estrellas verdes
Le dé abrigo y sombra grata.

La aurora a ti sus sonrisas,
El Sol sus rubias miradas
Y el arrebol de la tarde
Su lampo de oro y de grana.

Pero, Ceiba... ¿no te engrías!
Que el Tiempo que te levanta,
De verte tan orgullosa
Se puede cansar mañana!

Y ¡ay! de tu tronco redondo!
Y ¡ay! de tu copa elevada
Si el tiempo llega a enojarse
Y de elevarte se cansa!

Se irán secando tus hojas
Y cayendo desgajadas,
Como en el pecho del hombre
Las últimas esperanzas.

Como doblega la muerte
Los brazos de enferma anciana,
Así la mano del Tiempo
Irá encorvando tus ramas.

A tierra vendrá tu tronco
Falto de apoyo y de savia,
Como el exánime cuerpo
Que cae al faltarle el alma.

Entonces los raudos vientos
Que de *Santa Helena* bajan
Barrerán el leve polvo
De tu existencia acabada.

Tu ataúd será el vacío;
La luz, tu blanca mortaja,
Y el campo de tu sepulcro
Las antioqueñas montañas.

Las hojas de mi selva

Las hojas de mi selva
 Son amarillas
Y verdes y rosadas
 ¡Qué hojas tan lindas!
 Querida esposa
¿Quieres que te haga un lecho
 De aquellas hojas?

De bejucos y musgos
 Y batatillas
Formaremos la cuna
 De nuestra Emilia:
 Cunita humilde
Remecida a dos manos
 Al aire libre.

De palmera en palmera
 Las mirlas cantan,
Los arroyos murmuran
 Entre las gramas
 ¡Dulce hija mía!
Duerme siempre al concierto
 De aguas y mirlas.

Gallinetas reales
De canto dulce
Guardan en la hojarasca
Huevos azules...
Perlas del bosque
Que lleva a los altares
La gente pobre.

Los altivos monarcas
En sus palacios
Con diamantes adornan
Los mismos cuadros.
Hija, ¡sé libre!
Busca siempre la choza
Del hombre humilde.

En mi selva penetran
Del sol los rayos,
Mariposas azules
Pasan volando;
Sobre sus alas
Brilla el blanco rocío
De la mañana.

Siete-cueros, uvitos
Y *amarrabollos*
De botones y flores
Visten sus copos,
De ramo en ramo
Los cupidos al aire
Vuelan libando.

Por angostos caminos
De tierra y hojas
Pasan negras hormigas
Unas tras otras,
Para sus casas
Llevan verdes hojitas
En sus espaldas.

Sobre campos de flores
Revolotean
Susurrando apacibles
Rubias abejas,
Miel exquisita
En el hueco de un árbol
Todas fabrican.

Entre dragos y dragos,
Chilcos y chilcos
Las arañas pasando
Tienden sus hilos,
Fabrican nuevas...
!Maquinistas de Europa,
Venid a verlas!

Entre cedros y robles
De verdes copas
El yarumo levanta
Las blancas hojas:
Patriarca anciano
Que en trono de esmeraldas
Vive sentado.

Adorno de los campos,
 Flores humildes
Que nacéis en mi selva,
Solas y libres:
 La noche os riega,
El sol os ilumina,
 Nutre y calienta.

Oasis escondidos
 Bajo las palmas
Olorosos jardines
De mis Montañas:
 Para mi esposa,
Para mi dulce Emilia,
 Tejed coronas.

En las frentes altivas
 De las Cleopatras,
Resaltan sobre el oro
 Las esmeraldas.
 Hija sé buena!
Busca siempre las flores
 Que hay en mi selva.

Serenata

Dulce noche de amor, noche serena,
¡Vuestros pálidos astros encended!
Hay dos ojos que brillan con tristeza...
¡Alumbrad! ¡alumbrad! los quiero ver.

Apoyada en mi brazo, amada mía,
Al campo del amor vas a seguir.
¡Flores! ¡flores! guardad vuestras espinas,
Y aromas en los vientos esparcid.

Dulce noche de amor, noche serena,
¡Vuestros pálidos astros apagad!
Hay dos ojos que brillan con terneza...
A la luz o a la sombra los sé amar.

Apoyada en tu brazo, amado mío,
Al campo del amor voy a seguir.
¡Oh rosales! guardad vuestras espinas,
Y aromas en los vientos esparcid.

A Anita

Es la mañana luz de ventura,
El mediodía, fuego de amor;
La tarde, ocaso de la ternura;
La noche, luto del corazón.

Fue tu sonrisa la aurora mía;
Fue tu mirada mi ardiente sol;
¡No tenga tarde nuestra alegría!
¡No tenga noche nuestra pasión!

Pasa la aurora con su frescura,
El medio día con su esplendor;
Llega la tarde con su tristura,
La noche llega con su crespón.

¡No pases nunca, sonrisa mía!
¡No pases nunca, fuego de amor!
Tarde, no llegues con tu agonía!
Noche, no enlutes tanta ilusión!

La historia de una tórtola

Joven aún, entre las verdes ramas
De secas pajas fabricó su nido;
La vio la noche calentar sus huevos,
La vio la aurora acariciar sus hijos.

Batió sus alas y cruzó el espacio,
Buscó alimento en los lejanos riscos,
Trajo de frutas la garganta llena
Y con arrullos despertó a sus hijos.

El cazador la contempló dichosa...
¡Y sin embargo disparó su tiro!
Ella, la pobre, en su agonía de muerte,
Abrió sus alas y cubrió a sus hijos.

Toda la noche la pasó gimiendo
Su compañero en el laurel vecino;
Cuando la aurora apareció en el cielo
Bañó de perlas el hogar ya frío.

Amelia

I

Oíd! está tronando:
La tempestad se acerca;
Cuajada y tenebrosa
Se ve la nube negra.

Cual rubores de oro,
Los rayos se descuelgan
Vibrando en el vacío
Sus amarillas lenguas.

Por el revuelto espacio
Las hojarascas secas
Sobre corrientes de aire
Remolinando vuelan.

Con estampido sordo
Derrama en las cavernas
Sus retumbantes ecos
La ronca tronamenta.

La silbadora nube
De la borrasca recia
Por los mojados campos
Extiende el ala negra.

El águila, batiendo
Sus alas altaneras,
Altiva y orgullosa
Se cierne en la tormenta.

Sobre la verde cumbre
De la pelada sierra,
Cabaña solitaria
En el azul blanquea.

Del amarillo patio
Junto a la parra nueva,
El encorvado anciano
De blanca cabellera,
Cercado de sus hijos,
Sus oraciones reza.

Arrulla la paloma,
La golondrina vuela:
Con su bramido sordo
La tempestad se aleja.

—

Mirad! Por el Camino
Que abajo amarillea,
Viajero solitario
Desciende hacia la vega.

Es joven: sobre el labio
Se le divisa apenas
El arqueado bozo
Que a despuntar empieza.

Alegre canta y silba
Canciones antioqueñas,
De aquellas que en la infancia
Las madres nos enseñan.

Cabalga blanco potro
De cola y crines negras,
Palomo *tablaceno*
De altiva descendencia.

(Un ágil campesino,
Jinete a toda prueba,
Le tuvo miedo el día
Que le estrenó la rienda).

Dejaron ya la falda,
Tomaron la ancha vega,
Galopa el potro. . . y canta
El joven sus endechas.

Al brillo de la tarde
Relumbra la estribera,
El acopado casco
Herrado centellea.

Saltado brilla el ojo
Y fija el alba oreja;
La suelta cola al viento
Como plumaje ondea.

Se ve del otro lado
Del río, en la pradera,
Con sus paredes blancas
La habitación de Amelia.

Mirad! tras las barandas
Se ven dos rubias trenzas;
Levántase una frente;
Dos ojos reverberan;
Se tiñen dos mejillas
De grana, rosa y perla.

Envuelta en su ropaje,
Pisando adormideras,
Para la playa sale
La virgen antioqueña;
Parece blanca ninfa
Que a la oración pasea.

Sus ojos ven a Carlos
En la anchurosa vega;
A Carlos, que de lejos
Salúdala por señas.

El potro galopando
Ligero al río llega;
Pero al pisar la orilla
Con rapidez voltea.

Las aguas van crecidas...
Y turbias y revueltas;
Las encrespadas ondas
Sobre la playa ruedan.

El atrevido joven
Al noble bruto fuerza,
Y a la corriente turbia
Precipitarlo intenta.

En rápidos corcovos
Y en ágiles carreras,
Y dando resoplidos
El potro salta vuela.

El látigo rechina
Sobre las ancas tersas:
Se tiñen los ijares
De rojas, lacres hebras.

Los ojos del mancebo
De cólera se impregnan...
De abrigantada lluvia
Los de la pobre Amelia.

En fin, en listos vuelos,
Cual ágil, loca fiera,
El bruto va a las ondas
Abriendo campo en ellas.

Los ecos de dos gritos
Se juntan en la vega...
¡Adioses que dos almas
Se dan sobre la tierra!

Al viento va el cabello,
El blanco traje ondea;
“La sonrosada planta”
La grama mueve apenas.

¿Quién es aquella virgen
Que va por la ribera,
Como ilusión que huye
Como ilusión que vuela?

Parece de los montes
Selvática Nereida
Que busca las espumas
Para mojar sus trenzas.

Como enlazados cuerpos
Que sin cesar voltean,
Por el revuelto río
Jinete y potro ruedan.

¡Adiós! Al pobre joven
Faltáronle las fuerzas. . .
Las ondas lo sumergen,
Las ondas se lo llevan. . .

El potro libre y solo,
Moviendo las orejas,
Soplando la corriente
Con la nariz abierta,
El anca sumergida
Y alzando la cabeza,
Cortando el oleaje
Llegó a la orilla opuesta.

¡Miradlo cómo pisa
Las pálidas arenas!
Las crines sacudiendo,
¡Miradlo cómo tiembla!

No hay astros en el cielo,
Oscura está la tierra,
Aquí y allá brillando
Cual lámparas viajeras,
Asoman los cocuyos
Sus vividas linternas.

Con lastimero acento,
Con desgarrante pena
Aúllan tristemente
Los perros de la sierra.

Un ¡ay! lejano y triste,
Un ¡ay! que el viento lleva
Por el sombrío campo,
De rato en rato suena;
De playa en playa gime
Con clamorosa queja,
Como el postrer sollozo
De lira que se quiebra.

ÍNDICE

El canto del antioqueño · 7 ·
La muerte del novillo · 11 ·
La ceiba de Junín · 13 ·
Las hojas de mi selva · 18 ·
Serenata · 22 ·
A Anita · 23 ·
La historia de una tórtola · 24 ·
Amelia · 25 ·



José Epifanio Mejía Quijano (Yarumal, 9 de abril de 1838 - Medellín, 31 de julio de 1913), fue un reconocido poeta y escritor colombiano, autor de la letra del *Himno de Antioquia*. Hijo primogénito de Ramón Mejía y Luisa Quijano. Pasó su niñez en la finca “El Caunce”, en las montañas vecinas. Epifanio acudió a la rudimentaria escuela del pueblo donde realizaría sus estudios de primaria, única formación académica que recibiría. Por lo demás fue un asiduo lector. Por parte de su familia fue instruido bajo los preceptos religiosos y tradicionales de la región antioqueña. La familia estaba conformada por siete hermanos. Tras la muerte de su padre, en su adolescencia se trasladó, junto a su hermana Hersilia, a la ciudad de Medellín, contaba entonces con 17 años y allí trabajó para su tío en un almacén de telas cerca a la Basílica Menor de Nuestra Señora de la Candelaria. Allí, en su tiempo libre, comenzó la lectura y composición de versos, que pronto se difundieron en la sociedad medellinense. Contrajo matrimonio con Ana Joaquina Ochoa, a quien dedicara varios poemas, entre ellos *A Anita* y con quien engendraría doce hijos; la ceremonia se llevó a cabo en la parroquia de Enviga-

do, en 1864. Por aquel entonces Epifanio y su familia residían en la calle el “Chumbimbo” (hoy Sucre), donde había alcanzado cierta independencia económica. Pronto se hizo notorio su desequilibrio mental, teniendo episodios críticos en 1870, por lo cual, bajo recomendación médica, regresó con su familia a Yarumal. Allí pasaría tiempos de lucidez, en los que dedicaba horas a la lectura y escritura de versos, inspirado por los andares en las montañas antioqueñas y los convulsionados acontecimientos políticos. Con todo, comenzó a recaer, y en ocasiones fue sorprendido echando tierra a los alimentos que le servían, o era visto hasta altas horas recitando versos al río. Por tal motivo fue recluido en el manicomio del barrio Aranjuez, hoy sede de Comfama, donde fallece en 1913 tras 34 años de hospitalización. Mejía creó una poesía personal, de metro asonantado, que el padre Félix Restrepo compiló en 1939. En ella destacan *La muerte del novillo*, *La ceiba de Junín* y *El canto del antioqueño*, que es la letra del Himno de Antioquia.



Nuevas Voces Editores

PoetApp: Biblioteca Portátil de Poesía Antioqueña

Colección Yarumo



NUEVAS VOCES



EDITORES

